



**Dimas González y Fermín A. Reyna en *La obscenidad de cada día*, de Marco Antonio Parra. (Venezuela)**

jeen o le entrevisten. Ante mi insistencia púdica en publicar sus opiniones me contestó: «¡Niño, que yo no soy una coca-cola para que me anuncies!».

Por si no bastase, dada la riada de actores que, aprovechando la ocasión, vienen de gira por nuestro país, se improvisaron algunas representaciones al margen del evento. Fermín A. Reyna y Dimas González, dos antiguos integrantes venezolanos del grupo Actoral 80, sorprendieron con la obra de Marco Antonio Parra *La obscenidad de cada día*; «a pelo», sin luces, mal sonido, y los medios más precarios, mostraron un talento insospechado y su puesta en escena resultó una de las más conmovedoras de todo el certamen. La actriz Petra Martínez, que se estrenó como autora y directora con un sketch cómico brindado por el V Centenario, o el elenco del Teatro Imagen, despegándose con una farsa kantoriana en medio del bar como colofón y fin de fiesta.

Otra anécdota curiosa es que, después de la comida, se congregaba una tertulia bautizada «Café, copa y puro... teatro» al hilo de la cual, y según los ánimos cotidianos, surgía un tema concreto de conversación o bien se divagaba sin rumbo fijo, simplemente dialogando, dialogando. Max Meier, delegado del CELCIT en la R.F.A., utilizó una de ellas, verbigracia, para dar a conocer la Sociedad de Teatro y Medios de Comunicación de Latinoamérica, auténtico cordón umbilical entre ese país y el otro continente.

Concluidas las casi dos semanas de agitación, desarrollados una vez más todos los planes previstos, el F.I.T. perpetúa, año tras año, su iniciativa promoviendo una gira de los grupos invitados a lo largo del mapa peninsular. Esta continuidad inmediata es la prueba de que sus organizadores no quieren convertir el evento en un mero escaparate aleccionador, en una muestra hermosa, pero inoperante. Por supuesto que tal iniciativa no

persigue fines económicos; su objetivo no es otro que el de acercar el teatro latinoamericano al mayor número de espectadores posible. Las compañías que en ella intervienen no obtienen grandes beneficios y, por lo que a las promotoras respecta, del dinero invertido en el festival sólo se recupera una ínfima suma.

Ahora bien, a la hora de las conclusiones uno se pregunta inevitablemente acerca de la efectividad de este tipo de acontecimientos: ¿qué validez presente tiene el F.I.T.? ¿No será otra de esas «acciones culturales», cuantiosas y parafernáticas, a las que tanto nos hemos acostumbrado mientras siguen sin solucionarse los problemas más graves del teatro? Creo que la respuesta está ya implícita en lo hasta aquí expuesto. Pero soy consciente de que, por más páginas que se escriban, es muy difícil concretizar su eficacia secreta. Secreta porque el pulso que da sentido al festival no late en los salones de actos, las reuniones, las cátedras, las exposiciones, etcétera, sino de noche bajo el primer techo fresco que aparezca, ante un vino de Jerez, un ron Habana Club o una caipiriña, según el interlocutor.

Son los actores, esos irritantes frenéticos alucinados, los que insuflan vida (con sus dudas, sus vivencias, sus fantasías, sus neurosis, su talento) a la estratagema quizás artificiosa de empaquetar los bártulos y enfilan unos cuantos mil kilómetros hacia la ciudad remota.

Son esas madrugadas, esas pequeñas conmociones internas, a oscuras, en el teatro, esa ebriedad perecedera, las que otorgan una tregua, un instante para la sincronización, para el intercambio de luces o fluidos, de electricidad común, de realidades netas. Son esos destellos nocturnos, esas complicidades las que conforman el bagaje bizarro, poco frecuente, que arrastran los participantes a sus lugares de origen para luego hacer buen uso de él, o incluso olvidan aquí, diseminado acaso en diez, cien butacas.

Contradicciones existen, claro. De hecho, la más absurda de ellas es, precisamente, la de no dar mayor prioridad a los actores, los cuales no acaban de ubicarse, o mejor dicho, de sentirse en el organigrama demasiado papista del festival. Pareja a ésta, la calidad de los montajes no siempre corresponde a la altura de las circunstancias, no porque no hayan de venir grupos en proceso de maduración, sino porque algunos resultan, desde todo punto de vista, inviables. Mas, es evidente que el F.I.T., como empeño humano, ha ido puliendo durante sus cuatro convocatorias los picos que sobresalían y rellenando los vacíos preocupantes con ánimo de perfección, y que su papel de promotor del teatro iberoamericano es, por estas y muchas razones, incuestionable.

Cádiz, la Gades fenicia, igual que un escenario, se queda sin público. En la alameda Marqués de Comillas se yergue un árbol de dos o tres metros de grosor. Sus ramas, sus raíces, con idéntica firmeza, parecen extenderse más allá del océano en lucha furiosa con las olas y el viento.

**Juan Abeleira**